



ODISEAS CULTURALES Y PARADOJAS INTERCULTURALES EN EL MEDITERRÁNEO

Cuenta en su maravilloso libro Irene Vallejo, que gracias a Alejandría nos hemos vuelto extremadamente raros, traductores, cosmopolitas, memoriosos. La cultura, el conocimiento al servicio de un humanismo compartido, el sueño de una ciudadanía universal empieza en al sur de este mar mediterráneo. Y en este mar remamos...

Lejos de esta voluntad humanista, frecuentemente el factor cultural ha servido a intereses de confrontación. Hemos asistido a teorías sobre “choque de civilizaciones” y más recientemente, en un entorno de polarización y conflicto, a la proliferación de narrativas que utilizan la identificación cultural al servicio esencialmente de la deshumanización del otro. Si como nos recuerda el escritor Amin Maaluf es necesario superar la actual confrontación otorgando un papel determinante a la diversidad cultural y la dignidad de las personas, cabe preguntarnos como pueden ser estos mismos aspectos activadores ellos mismos de reconciliación y solidaridad. En definitiva, qué papel actualmente juega la cultura en tanto que instrumento positivo y efectivo de diálogo y de interculturalidad.

Las relaciones euro-mediterráneas han sido tradicionalmente un marco enfocado a superar este estado de confrontación, sobre todo alrededor del eje occidente y el mundo musulmán y la mejora de sus percepciones mutuas. Desde el inicio de estas relaciones, el conocido como Proceso de Barcelona en 1995, los socios europeos y mediterráneos han entendido que el diálogo entre culturas y los intercambios humanos podrían fortalecer este partenariado, aunque siempre en tanto que un complemento dirigido a la búsqueda de estabilidad y prosperidad compartidas.

El despliegue de estos principios sin llegar a comportar una estrategia propiamente de diplomacia cultural como tal en la región euro mediterránea, ha propiciado múltiples programas e iniciativas. Con una interpretación muy amplia de la dimensión cultural, estos programas han cubierto diversidad de enfoques a caballo de lo social y lo cultural como son el patrimonio, el turismo, la juventud, los medios, las artes o las políticas culturales. Después de tantos años, la vinculación de conocimiento del «otro» y de acercamiento mutuo sigue siendo hoy en día, una asignatura pendiente en la región.



Y es que paradójicamente, la interculturalidad por sí misma no conlleva una acción que integre necesariamente el elemento cultural, ni por otro lado, la diplomacia cultural circunscrita a una agenda de proyección, influencia o intercambio, supone situar en el centro el entendimiento mutuo y el objetivo de construir valores compartidos.

Algunas circunstancias podrían explicar este difícil encaje, que definen así mismo las características más esenciales de la propia identificación intercultural Mediterránea.

Como nos recuerda el filósofo libanés Hani Hassan en un reciente artículo en la revista QM38: el Mediterráneo, mito de odiseas y poesía, se ha erigido en una frontera imposible de cruzar. Y sin embargo, nos indica el mismo autor, el espacio tampoco es un vacío, sino que está tejido por travesías compartidas de una orilla a otra, relatos narrados en diferentes lenguas que nos aporta familiaridad y acogida. La movilidad, o la falta de ella, constituye todavía hoy, uno de los mayores escollos en este ejercicio efectivo del principio intercultural. No basta con reconocer la diversidad. Es necesario promover la interacción entre los distintos grupos que la definen, generando espacios donde todos interactúen de forma equitativa y positiva. Sin esta interacción, las identidades dinámicas, comunicadas y culturas permeables serán del todo ajenas a la contaminación del otro, a pesar de que ésta se reconozca y exista.

Una segunda paradoja es la de la crisis y la interculturalidad como facilitadora del diálogo. Incluso en el más dramáticas de las situaciones, la cultura está presente y ejerce de embajador de paz. En la última edición del Premio literario para jóvenes “un mar de palabras”, uno de los ganadores, Hamza Tawfiq con su relato parte de su experiencia íntima en el contexto gazatí hasta llegar a una reflexión universal sobre la humanidad, la memoria y la posibilidad de paz. Hamza no pudo asistir a la ceremonia de premios que se libró en Barcelona. Y con todo ello, sin embargo, no apoyamos suficientemente estas voces, actores esenciales de nuevas y necesarias narrativas. En este contexto de exacerbada polarización, deshumanización y radicalización en Europa y en la región, lo es sobre todo de crisis humanitaria, y como consecuencia, el acceso a la educación y la cultura. De ahí que los programas culturales y de diálogo dirigidos a la juventud para enfrentar retos como el radicalismo y fomentar el acceso a la cultura, a la participación democrática resulten en este contexto un ámbito de acción prioritario. Se evidencia así mismo, la necesidad de instrumentos multilaterales culturales, que favorezcan el diálogo informal y no oficial entre la sociedad civil para favorecer la construcción de una confianza mutua, fuera de los canales estrictos de los gobiernos.



Una tercera paradoja sería la de la interculturalidad transformadora. La creatividad y el arte suponen un activo para la transformación social, y al mismo tiempo, se encuentran confrontadas a la falta de espacios cívicos abiertos a las diferentes expresiones culturales. Las revueltas árabes de 2011 hubieran podido dar un impulso significativo a las relaciones culturales en la región, pero no sucedió así. Con todo y a pesar de las dificultades, muchas organizaciones actúan desde los márgenes. En este sentido, la cineasta egipcia Amal Ramsis nos presentaba recientemente la iniciativa de Caravana de Mujeres cineastas, un espacio nómada definido como de resistencia y libertad creativa que, impulsa el cine realizado por mujeres. Iniciativas públicas, privadas o filantrópicas, también desde la cooperación, han estado apoyando al sector cultural en la región a varios niveles, también en el ámbito de del emprendimiento y el sector creativo, la formación y el intercambio. Se pasa de un interés meramente productivo al interés transformador y social de la creatividad y de las industrias culturales, audiovisuales en la zona, vinculándose cada vez más a condiciones sociales, laborales y de vinculación comunitaria.

En este punto, podemos preguntarnos de qué manera la cooperación cultural euro mediterránea se ha adaptado para poder lidiar con las difíciles circunstancias políticas, los dramáticos conflictos y las dificultades para una expresión cultural democrática y la libre circulación. Y si efectivamente, puede ejercer de instrumento promotor de una acción cultural comprometida. El marco existe. Desde 2016 la estrategia cultural europea en la región incorpora una visión people-to-people que alineará la diplomacia cultural europea con las tendencias globales favorecedoras de una dimensión cultural más inclusiva en las relaciones internacionales. Una tendencia que se une al movimiento global impulsado por agentes culturales y locales para hacer de la cultura y el arte uno de los ODS específicos de la agenda de la sostenibilidad global.

En el ámbito propiamente euro-mediterráneo, destaca la Fundación Anna Lindh una institución de diálogo intercultural que nace en 2005 en el contexto euromediterráneo. Su programa propicia un enfoque basado en esta aproximación people-to-people, priorizando intercambios, programas de juventud y movilizando a las redes de la sociedad civil intercultural euro mediterránea. Una característica esencial de esta organización, es su carácter pionero como Red de Redes, contando con una comunidad de asociaciones interculturales en cada uno de los cuarenta países miembros. La comunidad de instituciones para el diálogo intercultural que conforma la Fundación ha representado un excelente campo de trabajo para poder avanzar en esta permanente adaptación a los retos que presenta nuestro



entorno mediterráneo. Un ejemplo de ello es la Red española de la Fundación Anna Lindh de la que forma parte destacada Casa Mediterráneo. Esta red coordinada por el Instituto Europeo del Mediterráneo cuenta con más de 185 organizaciones y desde la experiencia de la práctica diaria de proyectos de inclusión, diálogo, cultura y educación, constituye un observatorio privilegiado a la hora de plantear estrategias y políticas de acción intercultural.

Este modelo de redes, ha favorecido la co-producción de estrategias generadas desde de la comunidad de sociedad civil intercultural. Una de las más significativas se ha producido ante la situación de crisis que provocó el conflicto en Gaza, y la constatación de la dificultad para establecer espacios efectivos y valientes de diálogo intercultural en tales circunstancias, donde más se requerían. Como respuesta a esta situación, la red española junto con otras redes del entorno europeo y mediterráneo de la fundación, promovieron una estrategia en la que se esbozaron los principios del programa cultural de la Fundación. La Declaración de Tánger (2024) sobre la cultura en las relaciones internacionales mediterráneas, constituye una hoja de ruta para la adopción de la cultura como instrumento de interculturalidad. El documento destaca los principios de una creatividad socialmente comprometida como medio para la participación cívica, el fomento del diálogo, la inclusión y el empoderamiento comunitario. Gracias a este impulso, la Fundación cuenta ahora con un programa permanente de cultura y relaciones internacionales desde el que promover espacios incipientes, pero ya reales, para que se de lugar esta acción de reconocimiento. La agenda de la red española para los próximos dos años se dirige firmemente hacia esta dirección.

Se trata de una apuesta necesaria, tal y como queda reflejada en los resultados de las consultas sobre el Nuevo Pacto por el Mediterráneo impulsado por la CE para el próximo periodo 2025-2028 en la región que llevó a cabo el IEMed durante 2025. En opinión de actores y expertos del entorno euro mediterráneo la dimensión people-to-people y la diplomacia cultural deberían constituir pilares clave del Pacto. Lejos de un papel complementario, el intercambio cultural es considerado como uno de los elementos fundamentales para construir cohesión social, y generar confianza mutua. Este entramado de actores euro mediterráneos reivindican un espacio de relaciones más horizontal, centrado en el capital humano y en la implicación ciudadana, dejando atrás la lógica donante-beneficiario.



Con esta perspectiva, esta motivación y este convencimiento seguimos navegando quienes creemos en la cultura como una herramienta para construir un Mediterráneo de humanismo, diálogo y entendimiento. En nuestra particular odisea, el viaje solo cobra sentido cuando se convierte en una oportunidad para el conocimiento, tejer nuevas alianzas y generar compromisos orientados a reducir la vulnerabilidad y dar voz a la diversidad cultural. Dotar a la cultura de una verdadera capacidad de acción en las relaciones internacionales forma parte de este desafío.

En esta particular odisea contemporánea navegamos sin orillas definidas que dividan el norte y el sur, enfrentándonos a paradojas para las que no existen respuestas. La comunidad intercultural mediterránea está llamada a crear espacios valientes donde la cultura no sea un elemento accesorio, sino el instrumento que defina este diálogo, incluso y sobre todo, en tiempos de confrontación y al servicio de transformaciones sociales reales. Porque, al fin y al cabo, son los valores humanistas y universales de la cultura los que siguen orientando nuestro rumbo y dando sentido a la travesía.

Gemma Aubarell

Barcelona, 25/07/2026